

el rey filósofo iba á preparar la paz; pero Federico siguió el curso de la guerra como dilettante, juzgó las operaciones de la misma y se divirtió. En cuanto á María Teresa, que se había visto obligada á ceder Silesia, esperaba encontrar una compensación en la guerra que continuaba contra Francia.

En Italia, después de la jornada de Bassignano, las tropas francesas, de las cuales se habían separado los españoles para ir á ocupar Parma y Plasencia é invadir el Milanesado, habían bloqueado Alejandría; pero el marqués de Argensón, á quien preocupaba menos aquella operación que «la formación, como él decía, de una república y asociación eterna de las potencias itálicas, como ya hay una germánica, una bátava y una helvética,» hizo ofrecer al rey de Cerdeña la mayor parte del Milanesado con Milán, precisamente lo que España reclamaba para Don Felipe. A éste se le adjudicaría, además de Parma, el Cremonesado y la parte de Mantua situada entre el Po y el Oglio; Venecia recibiría el resto del Mantuano; Génova, todo el litoral del Mediterráneo hasta Provenza, y Francisco de Lorena, la Toscana. Pero Carlos Manuel comenzó por pedir que Francia le prometiese pagarle los subsidios que hasta entonces recibiera de Inglaterra, y cuando hubo logrado este compromiso por el tratado de Turín, exigió, en 25 de diciembre de 1745, la adhesión de España á los arreglos proyectados. España se indignó de que Francia hubiese negociado esos acuerdos sin consultarle; los oficiales del ejército español insultaron á los oficiales franceses, y pareció inminente la ruptura de la alianza franco española. Esto no obstante, Argensón, persistiendo en sus resoluciones, hizo firmar en París, en 17 de diciembre de 1746 un armisticio con el rey de Cerdeña, con gran disgusto de su hermano el secretario de Estado de la Guerra. Un acontecimiento inesperado, la adhesión de España al tratado de Turín, pareció por un momento que podría conciliarlo todo; pero el rey de Cerdeña, que creía en la hostilidad irreductible de España y que temía la caída de Alejandría, preparábase ya á romper el armisticio, en el caso de recibir socorros de Austria.

Más graves aún fueron las faltas que en la cuestión de Holanda se cometieron. Luis XV, dueño de Bélgica, era árbitro de la República; y los Estados generales, creyéndose en vísperas de una invasión francesa, enviaron á Versalles como plenipotenciario encargado de hablar de la paz al barón de Wassenaer, que había residido durante mucho tiempo en París. Cuando llegó á Versalles, todo el mundo creyó que venía para tratar de la sumisión de Holanda y consideró fácil separar á ésta de la alianza inglesa desde el momento en que Inglaterra, en lucha con el pretendiente, no podía auxiliarla. Pero de Argensón no recibió al embajador holandés como á mensajero de una potencia turbulenta, sino que vió en él al negociador que podía atestiguar ante Europa la pureza de intenciones de Francia. Wassenaer se admiró de que no hubiese en París dama, obispo ni gato que no hablase de política y se extasió con los nobles principios de la diplomacia francesa y con su leal desinterés. En una palabra, obtuvo del ministro la promesa de una evacuación de los Países Bajos, de una nueva cesión de plazas de barrera y del desarme de Dunkerque, á cambio de la cual ofrecía

toda clase de cosas de las que no podía disponer: la Güeldres austriaca y Limburgo para el Elector palatino, aliado de Francia; la Toscana para Don Felipe, y para Francia varias posiciones ocupadas en América por los ingleses. Al fin el Consejo del rey se escandalizó de aquellas negociaciones, que fueron rotas; pero de todos modos los holandeses habían inmovilizado durante una temporada las tropas francesas bajo el pretexto de una paz general que no estaba en sus manos proporcionarnos.

En Italia, entretanto, la aproximación de un numeroso ejército austriaco, que la paz de Dresde dejaba disponible, movió al rey de Cerdeña á entrar nuevamente en campaña, atacando y obligando á capitular á la guarnición francesa de Asti. Los españoles evacuaron el Milanesado y Parma y en vez de reunirse con los franceses para defender juntos el Piamonte y el Monteferrato apoyándose en Génova, quisieron disputar el Parmesano á los austriacos; y como el gobierno francés, á fin de halagar el amor propio español, había puesto á Maillebois bajo las órdenes de Don Felipe, éste llamó á aquél á Plasencia y libró allí batalla en 10 de junio. El ejército franco español fué vencido y emprendió el regreso á Francia por Liguria sin intentar defender Génova que, atacada por los austriacos y por la flota inglesa, abrió, en 6 de septiembre, sus puertas al enemigo siendo por él cruelmente tratada. El 17 de septiembre los franco españoles evacuaron Italia perseguidos por los austro-sardos que pasaron la frontera. La situación era grave: el rey de España Felipe V había fallecido en 9 de julio, con lo que Francia se veía libre de las ambiciones é intrigas de Isabel de Farnesio; pero ¿no era de temer la defección del nuevo monarca español, Fernando VI, sobrino del rey de Cerdeña?

Belle Isle fué enviado á Provenza y después de haber levantado el ánimo de aquel ejército, sorprendió, en 2 de febrero de 1747, al enemigo cerca de Antibes y lo hizo retroceder al otro lado del Var. Pensó entrar nuevamente en Italia y envió socorros á Génova que, después de haberse desembarazado de los austriacos merced á una sublevación, en 10 de diciembre de 1746, hallábase otra vez sitiada. Para acabar de libertar á los genoveses proyectaba operar un movimiento por la parte de Turín; pero España se opuso á ello. Esto no obstante, el hermano del mariscal, el caballero de Belle-Isle, intentó la invasión del Piamonte; mas en la garganta del Asiette, entre Exiles y Fenestrelles, sólidas fortificaciones le cerraron el paso y su ejército fué rechazado, en 19 de julio de 1747, después de un combate en que perecieron él y cuatro ó cinco mil hombres. Pero siquiera el enemigo había levantado el sitio de Génova.

En los Países Bajos, Mauricio de Sajonia, obligado á respetar el territorio holandés y, por decirlo así, á no moverse del mismo sitio, tenía, por añadidura, que pelear con los príncipes de la sangre, asombrados de que ejerciera el mando en jefe. Conti, Clermont, Chartres, Penthievre y Dombes habrían querido cada uno un mando independiente á fin de tener ocasión de distinguirse: Conti pedía un ejército en el Rhin, á pretexto de que Alemania podía sublevar contra nosotros la Alemania occidental, y Clermont, abad de Saint-Germain des Prés, único príncipe de la casa de Condé que

tenía entonces aptitudes militares, había obtenido del papa permiso para servir; los soldados le amaban por su vivacidad, por su buen humor y por su bravura y sus amigos le atribuían grandes talentos. Soportaba con impaciencia la autoridad de Mauricio y de aquí una larga disputa entre él y su jefe.

Los holandeses, que vivían en perpetua alarma á causa de sus fronteras, habían pedido socorros á Austria, la cual envió á los Países Bajos cincuenta mil hombres que, pasando el Mosa, fueron á acampar entre Tongres y Lieja á las órdenes del príncipe Carlos de Lorena. Mauricio presentóle batalla en Raucoux en 11 de octubre de 1746; el día antes, había hecho anunciar la victoria por la señora Favart, en su teatro.

El mejor resultado de aquella batalla fué dejar al vencedor en libertad de secundar al marqués de Argensón en unas negociaciones con Sajonia. De Argensón tenía vivísimo empeño en romper la alianza de Sajonia y Austria porque la primera de estas dos naciones ayudaba á la segunda á mantener su influencia en la Alemania del Norte; y habiendo el conde de Loss, ministro de Sajonia en París, propuesto que se case al Delfín, que había enviado, con María Josefa, la hija de su soberano y sobrina de Mauricio, éste secundó el proyecto con todas sus fuerzas y lo hizo prosperar. Este acto fué el más feliz del ministerio de Argensón.

Mauricio consiguió entonces que el ejército del Rhin, en vez de permanecer estacionario frente al Palatinado, fuera á maniobrar en Hainaut á fin de ayudarle, y sobre todo logró tener libertad de acción por la parte de Holanda.

Después de la campaña de 1746, la República había nuevamente intentado entrar en negociaciones con Francia y propuesto que se celebrasen conferencias en Breda. Aceptada por Francia la proposición, dos plenipotenciarios holandeses habíanse avistado con dos franceses; pero los holandeses pidieron y obtuvieron que se admitiese á un inglés y éste que se admitiese á un austriaco, quien, á su vez, reclamó la presencia de un agente del rey de Cerdeña. Las conferencias, por el número de plenipotenciarios que en ellas tomaban parte, llevaban trazas de convertirse en congreso impidiendo á los franceses aprovecharse de las ventajas alcanzadas; por esto Francia, cuando se acercaba la época favorable para la reanudación de las hostilidades, rompió las negociaciones en 17 de abril de 1747, y Luis XV declaró á los Estados generales de Holanda que, puesto que ellos se obstinaban en continuar siendo enemigos de Francia, un ejército francés entraría en el territorio y se apoderaría de algunas plazas fuertes que conservaría en su poder hasta que se llegase á un arreglo perfecto. Mauricio hizo capitular las ciudadelas que había en las márgenes del Escalda y entre el 30 de abril y el 17 de mayo se enseñoreó de este río hasta el mar. Estos acontecimientos determinaron en Holanda el inmediato restablecimiento del estatuderato, siendo proclamado estatúder, en 1.º de mayo, Guillermo de Nassau. Creyóse entonces en Francia y en Europa que Mauricio atacaría Maestricht, y los aliados, á las órdenes de Cumberland, avanzaron sobre el Mosa para defender aquella plaza. En sentir de Mauricio, convenía dejarles que se consumieran allí esperando; pero Luis XV, que se había unido al ejército, quiso que éste atacase al enemigo. El

día 2 de junio de 1747, Mauricio encontró á Cumberland atrincherado en Lanfeldt, en la orilla izquierda del Mosa, en una posición formidable, y exponiendo su vida logró apoderarse de ésta, bien que á costa de grandes pérdidas; mas habiéndose los ingleses ordenado de nuevo detrás del Mosa, no pudo poner sitio á Maestricht. Sin embargo, un cuerpo francés ocupó Berg-op-Zoom en 16 de septiembre, y Cumberland se refugió en La Haya, en donde los predicadores anunciaban la próxima invasión de los «papistas.»

II.—La guerra marítima: el conde de Maurepás, La Bourdonnais y Duplex

Mientras la guerra continental encendía la lucha entre casi todos los Estados del Continente, las potencias marítimas se combatían por mar. En 15 de marzo de 1744, Francia había declarado la guerra á Inglaterra, reanudando contra esta potencia el duelo interrumpido por la paz de Utrecht. En el momento en que se rompieron las hostilidades, la marina francesa habíase recobrado del estado de ruina en que la dejara Luis XIV, estado del cual hizo una triste descripción Villars, quien, en 1715, siendo gobernador de Provenza, refiere que no vió en Tolón más que treinta navíos sin tripulaciones y en Marsella cuarenta galeras, ninguna de las cuales podía sostenerse en el mar. Las cosas empeoraron en 1716 cuando el Consejo de Marina redujo el presupuesto de doce á ocho millones, aunque á reserva de pedir fondos extraordinarios en el caso de que estallase una guerra. Pues bien, cuando en 1719 Francia guerreó contra Felipe V, hubo de pedir á Inglaterra que le transportase sus tropas á las costas de España.

En el mismo año, Law creaba su Compañía de las Indias y daba impulso al comercio marítimo francés; y como para proteger este comercio era preciso tener una marina de guerra, el conde de Tolosa hizo adoptar al Regente un proyecto de restauración marítima, y en 1724 había treinta buques en construcción. La alianza inglesa, firmada por Dubois y mantenida por Fleury, no era muy á propósito para estimular á Francia á que apresurase el restablecimiento de su marina de guerra; pero es inexacto que Fleury lo impidiera sistemáticamente; el cardenal no hizo nada por la marina, pero dejó obrar á Maurepás, que fué el mejor ministro de este ramo que tuvo Luis XV.

Maurepás había entrado en funciones á la edad de veintidós años, sin ninguna experiencia, y aunque no tenía condiciones de gran ministro, era activo, ágil, aceptaba gustoso el consejo de profesionales, comprendía rápidamente y se afanaba por procurar recursos á su departamento. Después de haberse hecho señalar, durante el ministerio del duque de Borbón, doce millones anuales, en tiempo de Fleury no dispuso más que de nueve; pero éstos fueron aplicados exclusivamente á los gastos corrientes, pues para el armamento de los buques hacíase conceder fondos suplementarios que aumentaban considerablemente sus recursos. Así pudo gastar, en 1739, en plena paz, diez y nueve millones, quince en 1740 y otra vez diez y nueve en 1744. Él habría querido, sin embargo, que le dieran veinte millones al año.

En 1727 visitó los puertos y aquel viaje fué el pre-

ludio de los trabajos que mandó ejecutar. En Bayona, encerró el Adour entre dos murallas de ocho metros á fin de darle mayor calado y de crear un puerto de refugio; en Brest, encargó al ingeniero Choquet de Lindú la reparación de los muelles y la construcción de almacenes y calas; en Cherburgo hizo construir una dársena, dos escolleras y una esclusa; y en Tolón instaló una máquina de arbolado y fraguas para la fabricación de áncoras.

En 1728 decidióse que el número de buques fuese de cincuenta y cuatro y que, una vez alcanzada esta cifra, se continuaría construyendo á fin de reemplazar las unidades que desapareciesen. Maurepás imprimió gran actividad á las construcciones: en 1730 había á flote cincuenta y un buques de alto bordo; en 1731, cincuenta y cuatro, y al comenzar la guerra contra los ingleses, más de sesenta. Y á pesar de haber perdido durante la guerra de sucesión cuarenta barcos, Francia contará todavía en 1748, cuando la paz de Aquisgrán, con cuarenta y cinco ó cincuenta en estado de navegar. En 1748 precisamente, aprovechará la muerte del caballero de Orleáns, hijo natural del Regente y general de las galeras, para suprimir esta clase de buques cuya inutilidad habían demostrado las últimas operaciones.

Para vigilar las construcciones navales, Maurepás nombró inspector general de marina á Duhamel du Monceau, miembro de la Academia de Ciencias y autor de obras técnicas marítimas. Duhamel prestó los mayores servicios, perfeccionando el corte y la confección de las velas y el trabajo de la cordelería y asegurando la conservación de los bosques, y en 1741 hizo crear en París una escuela de construcciones navales.

Maurepás quiso, como Colbert, que los oficiales de marina no fuesen simples «maniobristas,» sino que tuviesen conocimientos científicos, y á este objeto mandó armar buques especiales para que aquéllos se ejercitasen en los trabajos de geografía y de hidrografía en las costas de Francia y en todos los puntos del globo y puso á su disposición los mapas que publicaba el ingeniero hidrógrafo Jacobo Belín. Además hizo dar á los guardias marinas una educación más sólida y siguiendo los consejos de un cirujano eminente, Dupuy, fundó en los puertos escuelas de medicina.

También transformó la administración de la marina. En la Administración central estableció ocho negociados, poniendo al frente de cada uno de ellos á un jefe; en los arsenales, quitó el servicio de vigilancia á los «oficiales militares» que se habían apoderado de él en tiempo del conde de Tolosa y del mariscal de Estrées, para restituirlo á funcionarios especiales; y se esforzó en asegurar la independencia á esos «funcionarios-escritas» en los buques en donde se embarcaban. De este modo se volvía á las tradiciones de Colbert y de Seignelai (1), pero se reavivaba también la guerra entre «la espada» y «la pluma,» que fué una guerra continuada.

A pesar de esa regeneración, la marina francesa continuó siendo muy inferior á la inglesa. En efecto, así como Francia, desde 1740 á 1750, tan sólo dispuso de ochenta y ocho buques, Inglaterra puso sucesivamente en línea doscientos veintiséis; además, mientras en In-

(1) Véanse las págs. 284-291 del tomo anterior.

glaterra todo el mundo comprendió que la lucha entre ésta y Francia se decidiría en el Nuevo Mundo y en la India y que la ventaja sería para quien tuviese la marina más poderosa, en Francia la marina no era tenida en nada comparada con el ejército de tierra.

La gran guerra marítima no empezó hasta 1744, año en que el teniente general de Court y el almirante español Navarro, después de haber juntado sus escuadras, libraron, en aguas de Tolón, contra el almirante inglés Matthews una batalla que quedó indecisa. En 1745, los ingleses de América reclutaron cuatro ó cinco mil hombres, armaron algunos transportes y, con la ayuda del comodoro Warren, que les llevó de Londres cuatro buques, se apoderaron de Luisburgo en 26 de junio. En 1746, fueron las mismas costas de Francia las que se vieron amenazadas por los ingleses, quienes se apoderaron de las islas de Lerins y desembarcaron en Lorient, si bien en este último puerto no hicieron más que aparecer y marcharse en seguida. Al año siguiente, el marqués de la Jonquiere fué vencido, en 14 de mayo, á la altura del cabo Finisterre por el almirante Anson, y Etandueire lo fué, á su vez, por el almirante Hawkes en 25 de octubre, ochenta leguas más al Norte.

El principal interés de las guerras marítimas estaba en los mares orientales y en la India, en donde operaron por parte de Francia Mahé de La Bourdonnais y Dupleix.

Mahé de La Bourdonnais nació en Saint-Malo, en 1699, de una familia de armadores; fué embarcado desde muy niño y á la edad de veinte años era teniente de navío al servicio de la Compañía de las Indias. Despojada ésta por un príncipe indígena de un establecimiento que había fundado en Mahé, en la costa de Malabar, llevó á cabo, en 1725, una expedición para recuperar aquel puesto y en ella se distinguió La Bourdonnais, á quien diez años más tarde nombraban los directores de la Compañía gobernador de las islas de Francia y de Borbón. Fué uno de los mejores marinos de su tiempo, pero tuvo grandes defectos: personal en extremo, no le agradaban más empresas que las que por entero le pertenecían; corsario más bien que almirante, dotado de carácter violento, paréciese muy poco al personaje retratado por Bernardino de Saint Pierre.

Comprendiendo que la isla de Francia era una «parada» excelente en la ruta del Cabo á Ceylán y podía llegar á ser en cierto modo la «llave del Indostán,» hizo de un puerto que había en la parte Noroeste de la misma, Port-Louis, plaza de primer orden; estableció astilleros, arsenales, almacenes y hospitales; instaló baterías, construyó buques, reclutó obreros, organizó una policía y abrió caminos. En Borbón fomentó el desarrollo del cultivo del café, de la caña de azúcar y del indigo, y dió impulso al comercio con Surate, Moka y Persia.

En 1740 los directores de la Compañía y el ministerio llamaronle á París y de común acuerdo le reprocharon los procedimientos despóticos que le creaban multitud de enemigos. La Bourdonnais presentó la dimisión, pero no le fué aceptada. Maurepás le consultó sobre lo que convendría hacer en Oriente, en caso de una ruptura con Inglaterra y él propuso que se organizase un crucero en el estrecho de Malacca para interceptar el comercio de los ingleses con el Extremo

Oriente. El ministro aprobó la idea, pero no quiso comprometer en aquella operación á la marina de guerra, y los directores de la Compañía, por su parte, aferrados á su creencia de que la guerra de Oriente no estallaría, se negaron á costear los gastos de aquel crucero. Entonces se adoptó una solución intermedia: La Bourdonnais recibió del gobierno una comisión de capitán de fragata de la marina real y la Compañía puso á su disposición cinco buques de guerra, mil doscientos marinos y quinientos soldados para que los utilizase según las circunstancias. Las tripulaciones valían tan poco, que La Bourdonnais, que salió de Lorient para el mar de las Indias en 5 de abril de 1741, hubo de emplear todo el tiempo de la travesía en instruirlos. Apenas llegado á Port-Louis, supo que Mahé estaba sitiada por los mahratas, instigados por los ingleses; en seguida se hizo de nuevo á la mar y libertó la ciudad en 4 de diciembre.

Pero el gobierno francés, al convencerse de que las compañías de comercio francesa é inglesa llegarían á un convenio, sintió haber dejado á La Bourdonnais que se preparase para la guerra y le ordenó que desarmase sus buques y los enviase á Francia. La Bourdonnais obedeció de mala gana y el contralor general Orry, para consolarle, le escribió que para el caso de que ocurriese «algo á Dupleix,» en aquella sazón gobernador general de la India, se le reservaba á él la misma «comisión» de gobernador general.

Ahora bien, en 1745 partió para la India una escuadra inglesa y al tener de ello noticia, Dupleix, para defenderse, apeló á la ayuda de La Bourdonnais. El gobierno, comprendiendo al fin que la guerra iba á ser llevada á los mares de la India, envió desde Francia cinco buques armados en guerra que llegaron á Port-Louis. La Bourdonnais tomó el mando de ellos y por su parte armó nueve buques que habían sido abandonados como inservibles y los mandó á Madagascar, en 22 de mayo, con objeto de que embarcasen allí viveres. Juntóse luego á ellos é hizo rumbo hacia la India, y habiendo sabido, al llegar á la vista de Mahé, que en Negapatam se hallaba la escuadra inglesa, mandada por el comodoro Peyton y casi igual á la suya en cuanto á número de tropas aunque superior en punto á artillería, fué en su busca; pero cuando la atacó, en 6 de julio, desde el principio de la acción uno de sus buques quedó sin mástiles y otros tres desarbolados. Bien es verdad que Peyton, en uno de cuyos buques se abrió una vía de agua, se retiró hacia el Sur. La Bourdonnais fué á fondear en Pondichery, en donde encontró á Dupleix.

Dupleix nació en Landrecies, en 1.º de enero de 1697; su padre, un arrendatario del tabaco, destinóle al comercio, y á la edad de veinticuatro años, en 1721, era consejero del Consejo de Pondichery y comisario general de las tropas, trabajando allí bajo la dirección de un viejo comerciante, el gobernador general Lenoir, que le hacía redactar despachos para los soberanos indígenas y para el Consejo de la Compañía.

En 1730 fué nombrado gobernador de Chandernagor y desempeñó á conciencia sus funciones que consistían en expedir por cuenta de la Compañía dos cargamentos cada año. Pero en lo que su actividad se desplegó especialmente fué en hacer por su cuenta lo que se llama

«el comercio de India en India,» es decir, entre los puertos de la India y las regiones de allende el Cabo de Buena Esperanza, comercio que sólo era de las mercancías indígenas, por reservarse la Compañía la venta de las de Europa. La Compañía, que pagaba miserablemente á sus empleados, les consentía que con aquel comercio se indemnizaran. Dupleix, gracias á su título de gobernador, encontró todo el dinero que necesitaba para armar buques; los miembros del Consejo de Chandernagor, empleados de la Compañía, comerciantes y banqueros de diversas ciudades de la India, franceses, armenios, indios, holandeses y hasta ingleses fueron sus asociados, sus prestamistas, sus agentes; entabló relaciones especialmente con las Filipinas, Basora y Yedda, y gracias á su iniciativa puso en movimiento á todo un mundo de negociantes y de especuladores. Dupleix no tenía entonces otra ambición que la de enriquecerse para regresar á Francia una vez hecha su fortuna; pero había sufrido grandes pérdidas cuando, nombrado en 1742 gobernador general de la India, salió de Chandernagor y se estableció en Pondichery.

Colocado en este punto, el más elevado de la jerarquía, era una especie de virrey: presidía el consejo superior que disponía de los fondos de la Compañía, nombraba y vigilaba á sus agentes, decidía la política que había de seguirse con los indígenas y los extranjeros, y en su calidad de «comandante general de los fuertes y establecimientos franceses de la India» podía utilizar á su antojo las fuerzas militares de la Compañía. Ésta sólo contaba en la India con ocho compañías de trescientos hombres; pero Dupleix agregó á este núcleo de europeos milicias indígenas.

En el momento en que fué nombrado gobernador general, hallábase en plena disolución el imperio de los Mogoles que, bajo el mando de Aureng-Zeb, habían subyugado en el siglo XVII casi todo el Indostán. Los mahratas, tribus belicosas del Decán septentrional, después de haber sacudido el yugo de Aureng-Zeb, habían organizado principados independientes, desde el Ganjes hasta el extremo Sur, y resistido todos los ataques de los mogoles. Por otra parte, los sicks, confederación guerrera del Penjab, habían creado un gran Estado entre el Afganistán y el valle del Ganjes. Y finalmente, una invasión de persas, acaecida en 1739, había arrebatado á los mogoles una parte del Sindh y otra invasión de afghanes había muy pronto de asolar las provincias del Norte. Si los gobiernos de Bengala, de Orissa, de Behar y de Rayputana conservaban aún una organización regular, los de Oudh y de Decán habíanse hecho independientes. Los gobernadores de provincias, ó subabs, tenían tendencia á substraerse á la autoridad del emperador, y los nababs, á su vez, á la de los subabs. Ese fraccionamiento del territorio y de la autoridad había de ser ventajosa para la política de los europeos.

Los portugueses, que en la India sólo habían conservado Goa, no formaban allí ningún proyecto de engrandecimiento, y los holandeses que poseían extensos territorios, como Ceylán y el archipiélago de la Sonda, habían perdido su prestigio desde que carecían de importancia política en Europa.

Quedaban, pues, frente á frente sólo la Compañía inglesa y la francesa de las Indias. La primera ocupaba